

Jerónimo Alayón

Balada de la rosa al revés

Monólogo en forma de poema para la obra de teatro

Balada de la rosa al revés



La versión en PDF de esta obra está disponible gratuitamente y bajo licencia Creative Commons «Atribución - No Comercial - Compartir Igual - 4.0 Internacional» (CC BY-NC-SA 4.0). Para ver los términos de la misma, diríjase a <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Caracas, 1996.

*God save thee, ancient Mariner!
From the fiends, that plague thee thus!*

Samuel Taylor Coleridge

*El amor es una rosa al revés,
porque lleva las espinas dentro.*

José Martí

A mi esposa, Carol

I

Mi historia se puede
leer en el mar:
es una canción de sal y luz.
Es una melodía
eterna como el murmullo
de las olas;
es una melodía preñada
de estrellas;
pero yo busco otra luz,
perenne como el horizonte
presa entre dos párpados,
inmensa como el silencio
azul y profundo de un beso.
Yo busco la última
de todas las luces
y el primero
de todos los fuegos.
Yo busco el amor.

II

Hace muchos puertos
que mi sangre tiene
el vaivén del mar,
hace muchos puertos...
Cuando el destino
jugaba a las escondidas
entre una esquina
y otra esquina del calendario.
Por entonces,
mi niño travieso,
ese que oculto
en un rincón secreto del alma,
se divertía
escondiéndose también
tras las estrellas,
a ver
si una mirada de mujer
lo descubría;
pero la pólvora
anhela besar al fuego,
y mi niño grande
se quedó para siempre,
ignoto y escondido,
tras algún destello azul.

III

Mi historia se puede
leer en el mar.
Hace muchos puertos
que busco una luz,
pero
cada tarde
me asomo al puerto
de mis manos,
solo... solo... solo...

Y me sentaba
en el borde del horizonte,
que es como sentarse
en el párpado del nunca,
con mis venas abiertas,
pulsando la hemorragia
de mi soledad,
pero...
mi sangre es de siempre.

Sabed, amigos míos,
que en cada puerto
besé la piel de una estrella;
pero...
también en cada puerto
dejé una rosa crucificada.
Sabed que era yo
como
la página última de un libro,
la que menos está,

la que más sabe a despedida,
y estaba en las cosas
lo suficiente
como para que las cosas
dejaran de estar en mí.

Pero no me arrepiento.
Decidí escribir mi nombre
entre signos de interrogación,
y la respuesta fue
un arco iris
y otro arco iris
haciendo el rito del amor.

Sabed que aún queda
mucho fuego por arder
dentro de una lágrima,
y que si sois capaces
de encender esa lumbre,
veréis el más alucinante
de los arco iris
suspendido sobre ojos de mujer.
Sabed, amigos míos,
que el Sol se va a dormir
entre un seno y otro seno;
que la magia salvaje
y sensual
de una selva tropical
habita
en una cabellera femenina;
que hay calambres de luz
cuando la pólvora y el fuego
danzan en espiral;
que hay vértigo de electricidad

en el choque ancestral
del Sol y la Luna.

Pero... sabed también
que de puerto en puerto,
y de rosa en rosa,
me ha crecido la soledad
en este par de heridas
con las cuales miro al mundo,
y que llevo hartura
de desierto en los iris.
¡Estoy enfermo de soledad!,
y mis venas parecen
catacumbas del silencio.
He besado muchos ecos, sí,
pero aún no he besado una voz.
Me siento solo
porque, mirando al horizonte,
veo dos azules que se tocan,
y entre un azul y otro azul,
siempre estoy yo,
como una ausencia torpe,
con mi mirada de acentos idos.
Me siento tan solo
que, como un nervio cósmico,
puedo tocar toda la soledad del Universo.

IV

Mi calendario
era un abecedario
de números enfermos de humo.
Sobre mi altar,
había siete rosas azules:
arma poderosa
para crear el amor.
Y muchos venían a mi templo
implorando la luz de mi antorcha;
pero, en el medio de mis noches,
mi luz era una luz paralítica,
y la rosa negra de mi destino
parecía el testamento de un dios.

¡Triste el arpa que se convierte
en cárcel de una melodía!

El Sol y la Luna
están danzando
con el viento
atado a sus cinturas,
y calambres de mil estrellas
recorren la piel del Universo;
pero yo me siento
como una rosa de trece pétalos
sobre el atril de una cruz,
yaciendo en medio del océano
y de la más fría noche.

V

Mi vida se puede
leer en el mar.
De puerto en puerto
y de volcán en volcán,
aprendí
el soplo ardiente
que duerme entre labios.

Mi piel
era entonces como un pergamino
sobre el que escribía
la lluvia su fugitiva canción;
y a ratos,
el pentagrama de mis cinco sentidos
retenía tras sus barrotes
mi Cordura en La Carraca.

Allí estabas,
suspensa e inmensa,
como un sol dentro de una lágrima
derramada por el destino.
Allí estabas, mujer,
y yo... con la mirada descoyuntada
de tanto querer alcanzarte.
Pero mis días llevan océanos
en las venas,
y mi andar se vistió de azul una vez más.

¡Triste el arpa que se convierte
en cárcel de una melodía!

VI

El unicornio negro
y la leona roja
están danzando
en espiral
sobre las estrellas.

El unicornio negro
y la leona roja
están danzando
con el viento
atado a sus cinturas.

El rey se está
asomando al espejo,
y la reina lo está
mirando desde atrás
del espejo.

El unicornio negro
está durmiendo
entre puñales
de una noche gitana,
con la mirada en el nunca
y el pecho suspenso,
nacido de rosas rojas.

¿Dónde quedaron sus alas de Pegaso?

El unicornio negro
se quedó dormido para siempre
entre un nunca y otro nunca,
bajo el brillo acerado de una noche gitana.

VII

Mi vida se puede
leer en el mar.
Ahora,
solo en el inmenso
azul de las aguas,
pienso en ti:
tu imagen se cruza y me cruza
como un rayo huérfano de cielo,
y tu recuerdo, ancho y profundo,
me va quemando los ayeres.
Me voy quedando a solas
con tu imagen en mis ganas,
¡y es una soledad tan ayuna de ti!

Esta distancia, amarga y sombría,
que me separa de ti,
no es tan larga
que se pueda llamar muerte;
pero me duele como la más cruel
de todas las distancias posibles.
Esta distancia, corta y salvable,
se hace también corta y salvaje.
En días así,
quisiera brindarte
la voluntad siempre inquebrantable
del Sol que besa los labios del cielo
cada mañana,
cortando sus venas, una y mil veces,
para sangrar
su inagotabilísima hemorragia de luz.

Tu ráfaga de luz
va creciendo en mis entrañas
como una rosa de cuarzo,
que voltea hacia dentro
las espinas,
hincándolas en el costillar,
para dejar por fuera
el himno sagrado de los pétalos.

Cuando mi horizonte
se asoma al balaustral de tus ojos,
¡tengo miedo...!

Temo
que de pura idea
en medio de esta soledad azul,
te quedes sin tu cuerpo de mujer,
y te sospecho
como una diosa de cristal-arrebol
en un cofre de diamante-púrpura.

¡Quiero escuchar la melodía de tu alma
sobre el arpegio tenso de tus sentidos!

VIII

De pronto
tu presencia en mí
es un torbellino indomable
como una melodía desencadenada
entre mis memorias
y comprendo
cómo se va acelerando
el pulso de la sin-razón
entre un así y otro así
y siento la espiral ascendente
de todos mis fundamentos
en su carrera venática
hacia el recuerdo cálido
de tus playas
que son como la casa buena
y en el quiebre exacto de mi cordura
emerge tu imagen pura y diáfana
como la única opción posible
entre todos los destellos azules
de la rosa al revés:
tu imagen en mi mente,
suspendida, para siempre y siempre,
como el aroma, eterno, de una estatua.
¡No me reprochéis que deliro!
¡¡Vosotros deliráis, tontos!!
¿O acaso teméis suspender para siempre
una lágrima de fuego en vuestros párpados?

IX

Mi historia se puede
leer en el mar.
Yo buscaba una luz distinta,
y cuando por fin prendió
en mi antorcha,
suspensa se quedó para siempre.
Su sonrisa de arco iris
se congeló como una belleza prístina,
grabada sobre el lienzo de mi memoria azul.
Y el sol de sus venas se detuvo,
sin apenas poder hacer ocaso.
Y la flecha que giraba en espiral
de pronto
se ocultó tras el viento de la noche.
Fría y eterna se quedó mi amada,
como los rosales en el invierno.
Ella, la que fue y ya no es,
sigue siendo más que nunca
en los destellos nacarados
de mi memoria azul.
Y la rosa al revés se tiñó
para siempre con la luz plateada
de una luna de catorce pétalos purpúreos.
Mas allá del filo cortante del dolor,
y más acá de nosotros mismos,
siempre habitará
la luz eterna de la rosa al revés.

X

*Silenciosa y sin mirarme,
la muerte otra vez pasó...*

Antonio Machado

Mi amada,
anoche,
soñó extraña visión:
que sobre las aguas del océano
se erguía un trono de oro;
y en él,
yacía la rosa al revés,
sobre el asta
de un unicornio blanco.

Mi amada,
anoche,
soñó extraña visión:
que las estrellas del cielo,
todas,
se habían apagado.

Mi amada,
anoche,
se vistió de cielo,
de azul y de Luna,
con toda la luz del Universo
metida en los ojos,
dormida para siempre
en el regazo
de su pequeño unicornio blanco.

¡Tocad mi tristeza...
si alcanzáis!

Soy una gota de lluvia
pendiendo del candil:
al calor resistiendo,
resistiendo al viento.

¡Tocad mi tristeza...
si alcanzáis!

¡Si veis
a mi dama y su unicornio blanco,
decidles
que este anciano marinero
también anhela
escuchar
el último acorde azul y plata
de la rosa al revés!